

Liz Moore

EL LARGO RÍO DE LAS ALMAS

Traducido del inglés por Javier Calvo

Título original: *Long Bright River*

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2020 by Liz Moore, Inc.
© de la traducción: Javier Calvo Perales, 2020
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2020
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-9181-827-4
Depósito legal: M. 18.761-2020
Printed in Spain

Para M. A. C.

¿Qué se puede decir del Kensington de hoy en día, con su larga sucesión de calles comerciales, sus residencias palaciegas y sus hermosas casas, que no sepamos ya? Una ciudad dentro de la ciudad, acurrucada en el seno del plácido Delaware, rebosante de espíritu emprendedor, salpicada de tantas fábricas que el humo que se eleva de ellas oculta el cielo. Hasta en el último confín de su enorme superficie se oye el runrún de la industria. Una población feliz y satisfecha que disfruta enormemente en una tierra de abundancia. Compuesta de hombres valientes, de bellas mujeres y de una robusta generación de sangre joven que tomará las riendas cuando ya no estén sus padres. ¡Salve, Kensington! Motivo de orgullo para el continente y logro excelso de esta ciudad.

Kensington: ciudad dentro de una ciudad (1891)

¿Habrá confusión en la isleta?
Que lo roto así permanezca.
No es fácil reconciliar a los dioses
ni es fácil reconstruir el orden.
Hay peores confusiones que la muerte,
tribulación sobre tribulación, dolor sobre dolor,
larga labor hasta la senectud,
aciago trabajo para unos corazones fatigados por muchas guerras
y unos ojos nublados de tanto mirar a las estrellas viajeras.

Pero yaciendo en lechos de amarantos y mandrágoras,
¡qué dulce (mientras nos acuna la cálida brisa que sopla por lo bajo),
con los párpados todavía a medio abrir,
bajo unos cielos oscuros y sagrados,
sería mirar cómo fluye con pausa el largo río de las almas
desde el seno de la purpúrea colina,
oír los húmedos ecos que llaman
de cueva en cueva por entre los enmarañados sarmientos,
ver caer las aguas esmeraldinas
por entre la plétora de divinas guirnaldas de acantos;
oír tan solo y ver el centelleo lejano del mar,
oír tan solo, qué dulce sería, yaciendo bajo los pinos!

ALFRED, LORD TENNYSON, *Los lotófagos*

LISTA

Sean Geoghehan; Kimberly Gummer; Kimberly Brewer, la madre y el tío de Kimberly Brewer; Britt-Anne Conover; Jeremy Haskill; dos de los hijos menores de la familia DiPaolantonio; Chuck Bierce; Maureen Howard; Kaylee Zanella; Chris Carter y John Marks (con un día de diferencia, víctimas de la misma remesa en mal estado, dijo alguien); Carlo, de cuyo apellido nunca me acuerdo; el novio de Taylor Bowes y la propia Taylor Bowes un año más tarde; Pete Stockton; la nieta de nuestros antiguos vecinos; Hayley Driscoll; Shayna Pietrewski; Dooney Jacobs y su madre; Melissa Gill; Meghan Morrow; Meghan Hanover; Meghan Chisholm; Meghan Greene; Hank Chambliss; Tim y Paul Flores; Robby Symons; Ricky Todd; Brian Aldrich; Mike Ashman; Cheryl Sokol; Sandra Broach; Ken y Chris Lowery; Lisa Morales; Mary Lynch; Mary Bridges y su sobrina, que tenía su edad y era su amiga; Jim; el padre y el tío de Mikey Hughes; dos tíos abuelos a los que casi nunca vemos. Nuestro antiguo maestro, el señor Paules. El sargento Davies del distrito 23. Nuestra prima Tracy. Nuestra prima Shannon. Nuestro padre. Nuestra madre.

AHORA



Hay un cadáver en las vías de la calle Gurney. Mujer, edad imprecisa, probable sobredosis, dice Centralita.

«Kacey», pienso. Es un tic, un reflejo, algo brusco e inconsciente que vive dentro de mí y que me manda el mismo mensaje a toda velocidad a la misma parte primitiva del cerebro cada vez que se nos comunica que han encontrado a una mujer. Luego, mi parte más racional llega con pesadez, letárgica, sin inspiración, un soldado gris y diligente que viene a recordarme las probabilidades y las estadísticas: el año pasado hubo novecientas víctimas de sobredosis en Kensington. Y ninguna era Kacey. Y, lo que es más, me reprende ese centinela, parece que te has olvidado de lo importante que es mostrar profesionalidad. Pon la espalda recta. Sonríe un poco. Mantén la cara relajada, no frunzas el ceño, no hundas el mentón. Haz tu trabajo.

Llevo todo el día haciendo que Lafferty conteste a las llamadas para darle algo de práctica. Adelante, le indico con la cabeza, y él carraspea y se seca la boca, nervioso.

—2613 —dice.

Nuestro número de vehículo. Correcto.

Centralita continúa con su mensaje. La información del hallazgo es anónima. La llamada se ha hecho desde una cabi-

na, una de las varias que quedan en la avenida Kensington y, que yo sepa, la única que todavía funciona.

Lafferty me mira. Yo lo miro a él. Le hago una señal. «Más. Pregunta más».

—Entendido —continúa Lafferty por su radio—. Cambio. Incorrecto. Me llevo la mía a la boca. Hablo con claridad.

—¿Más datos sobre la ubicación? —pregunto.

Después de terminar la llamada, le doy a Lafferty un par de consejos y le recuerdo que no tenga miedo de hablar con Centralita —muchos agentes hombres tienen la costumbre de hablar en una especie de tono envarado y masculino que seguramente se les ha pegado de las películas o las series—, y que le saque siempre todos los detalles que pueda.

Pero antes de que termine de hablar, Lafferty me vuelve a decir:

—Entendido.

Lo miro.

—Excelente. Me alegro.

Solo hace una hora que lo conozco, pero ya me he formado una impresión de él. Le gusta hablar —ya sé más de él de lo que él sabrá nunca de mí— y también fingir. Es un quiero-y-no-puedo. En otras palabras, un farsante. Alguien tan aterrado de que lo consideren pobre o débil o tonto que ni siquiera es capaz de admitir los déficits que tiene en esos terrenos. Yo, en cambio, soy muy consciente de ser pobre. Y ahora que han dejado de llegarme los cheques de Simon, más que nunca. ¿Soy débil? Seguramente para algunas cosas: testaruda, quizás, obstinada, cabezota, reacia a aceptar ayuda incluso cuando me serviría. También soy físicamente cobarde: nunca seré la primera agente que se ponga delante de una bala para salvar a un amigo; nunca seré la primera agente que se meta por entre el tráfico para perseguir a un criminal que se está escapando. Pobre: sí. Débil: también. Tonta: no. No soy tonta.

Esta mañana he llegado tarde al orden del día. Otra vez. Me da vergüenza admitir que es la tercera vez en lo que va de mes, y eso que odio llegar tarde. Una buena agente de policía tiene que ser puntual, por lo menos. Cuando he entrado en la sala común —un recinto anodino y luminoso, sin muebles, sin más adornos que los pósteres policiales medio arrancados de las paredes— el sargento Ahearn me estaba esperando con los brazos cruzados.

—Fitpatrick —me ha dicho—. Bienvenida a la fiesta. Hoy vas con Lafferty en el 2613.

—¿Quién es Lafferty? —le he preguntado antes de pensármelo mejor. No era mi intención ir de graciosa. Szebowski, en el rincón, ha soltado una risotada.

—Ese es Lafferty —ha dicho Ahearn. Señalándolo.

Y allí estaba, Eddie Lafferty, en su segundo día en el distrito. Lo he visto hacerse el ocupado al otro lado de la sala mirando su registro de actividad en blanco. Me ha echado un vistazo rápido y aprensivo. Luego se ha inclinado, como si acabara de verse algo en las botas, que estaban recién bruñidas y relucían un poco. Ha fruncido los labios. Ha silbado por lo bajo. En aquel momento casi he sentido lástima por él.

Hasta que se ha sentado en el asiento del copiloto.

Cosas que ya sé de Eddie Lafferty después de conocernos durante una hora: tiene cuarenta y tres años, es decir, once más que yo. Ingresó ya mayor en el DPF. Trabajaba en la construcción hasta el año pasado, que es cuando hizo el examen. (La espalda, dice Eddie Lafferty. A veces todavía me da molestias. No se lo cuentes a nadie). Acaba de salir del programa de formación. Tiene tres exmujeres y tres hijos casi adultos. Tiene una casa en los montes Pocono. Hace pesas. (Soy una rata de gimnasio, asegura Eddie Lafferty). Sufre reflujo gastroesofágico. De vez en cuando tiene estreñimiento. Creció al sur de Filadelfia y ahora vive en Mayfair. Comparte un pase de temporada de los Eagles con seis amigos. Su exmujer más reciente era veinteañera. (Quizás ese fuera el problema, comenta Lafferty, que era una inmadura). Juega al golf. Tiene dos pitbulls mestizos rescatados de la perrera que se llaman Jimbo y Jennie. Jugaba al béisbol en el instituto. De hecho, uno de sus compañeros de equipo era nuestro sargento de pelotón, Kevin Ahearn, y fue el mismo sargento Ahearn quien le sugirió que probara a trabajar en la policía. (Le veo cierta lógica a esto).

Cosas que ya sabe Eddie Lafferty de mí después de conocernos durante una hora: que me gusta el helado de pistacho.

Durante los escasos momentos de la mañana en los que Eddie Lafferty se ha callado, he hecho lo que he podido para transmitirle los fundamentos mínimos de lo que necesita saber del barrio.

Kensington es uno de los barrios más recientes de la que es, para los estándares de Estados Unidos, la antiquísima ciudad de Filadelfia. Lo fundó en la década de 1730 el inglés Anthony Palmer, que adquirió una pequeña extensión de tierra anodina y le puso el nombre de un vecindario regio, el

que por entonces constituía la residencia preferida de la monarquía británica. (Quizás Palmer también fuera un farsante. O para ser más amables, un optimista). El borde oriental del actual Kensington queda a una milla del río Delaware, pero en los viejos tiempos lindaba directamente con el río. Por consiguiente, sus primeras industrias fueron la construcción naval y la pesca, pero a mediados del siglo XIX ya había empezado su largo periodo como núcleo fabril. En su momento álgido producía hierro, acero, productos textiles y —cómo no— farmacéuticos. Pero, cuando un siglo más tarde las fábricas de todo el país murieron en masa, Kensington también inició un deterioro económico: primero, lento, y después, veloz. Muchos residentes se mudaron al centro de la ciudad, o bien fuera de ella, en busca de otros trabajos; otros se quedaron, persuadidos por la lealtad o el autoengaño de que la situación cambiaría. Hoy en día Kensington se compone a partes casi iguales de los irlandeses estadounidenses que vinieron aquí en los siglos XIX y XX y de una población más reciente de familias de ascendencia puertorriqueña y latina en general, junto con otros grupos que representan porciones cada vez más pequeñas de la tarta demográfica de Kensington: afroamericanos, asiáticos orientales, caribeños.

Al Kensington de hoy en día lo atraviesan dos arterias principales: la calle Front, que sube hacia el norte por el margen oriental de la ciudad, y la avenida Kensington —que se suele llamar simplemente la Avenida, un apelativo amigable o bien despectivo, dependiendo de quién lo use—, que arranca de Front y luego vira al nordeste. El tren elevado de Market-Frankford —o, como se lo llamaba comúnmente, el Ele, porque una ciudad llamada *Fili* no podía dejar ninguna de sus infraestructuras sin abreviar— circula por encima tanto de Front como de Kensington, lo cual significa que ambas avenidas pasan la mayor parte del día a la sombra. La vía férrea

se sostiene sobre unas vigas enormes de acero y unos pilares azules espaciados cada diez metros, lo cual le da a todo el armatoste el aspecto de una oruga gigante y amenazadora suspendida por encima del barrio. La mayoría de las transacciones (de narcóticos y de sexo) que tienen lugar en Kensington empiezan en una de esas dos avenidas y terminan en alguna de las calles más pequeñas que se cruzan con ellas, o, más a menudo, en alguna de las casas abandonadas o solares vacíos que pueblan los callejones y las calles secundarias del barrio. Los comercios que se pueden encontrar en ambas avenidas son salones de manicura, establecimientos de comida para llevar, tiendas de móviles, colmados, tiendas de a un dólar, tiendas de electrodomésticos, casas de empeños, comedores sociales, otras organizaciones benéficas y bares. Más o menos un tercio de los locales comerciales están clausurados.

Y, sin embargo, el barrio está en alza, tal y como demuestran los pisos de lujo que están brotando ahora mismo de un solar vacío que está a nuestra izquierda y que lleva en barbecho desde que una bola de demolición se llevó por delante la fábrica que albergaba. No paran de aparecer nuevos bares y tiendas en la periferia, hacia Fishtown, donde crecí yo. Y se trata de negocios poblados de caras nuevas y jóvenes: gente seria, rica, ingenua, víctimas fáciles. De forma que al alcalde le empiezan a preocupar las apariencias. *Más tropas*, dice el alcalde. *Más tropas*, más tropas, más tropas.

Hoy llueve mucho, y eso me fuerza a conducir más despacio de lo que normalmente lo haría cuando contesto a una llamada. Nombro los negocios frente a los que pasamos y a sus propietarios. Describo crímenes recientes de los que creo que Lafferty debería estar al tanto (cada vez que le cuento uno, Lafferty silba y niega con la cabeza). Le hago una lista de alia-

dos. Al otro lado de nuestras ventanillas se aprecia la habitual mezcla de gente en busca de una dosis y de gente que se acaba de meter una. La mitad de los ocupantes de las aceras se están desmoronando lentamente hacia el suelo, con las piernas incapaces de darles sostén. La joroba de Kensington, lo llama la gente que hace chistes sobre esas cosas. Yo no los hago nunca.

Por culpa del mal tiempo, algunas de las mujeres con las que nos cruzamos llevan paraguas. Llevan gorros de invierno y anoraks, vaqueros y deportivas sucias. Las hay de todas las edades, desde adolescentes hasta ancianas. La gran mayoría son caucásicas, aunque la adicción no discrimina, y aquí se pueden encontrar todas las razas y credos. Las mujeres no llevan maquillaje, o bien solo un círculo tosco y negro de delineador en torno a los ojos. Las que trabajan en la Avenida no llevan ropa que muestre que están trabajando, pero todo el mundo lo sabe: es la mirada la que lo indica, una mirada larga e intensa a todos los conductores que pasan, a todos los hombres que pasan. Conozco a la mayoría de esas mujeres, y la mayoría de ellas me conocen a mí.

—Esa es Jamie —le digo a Lafferty cuando pasamos a su lado—. Esa es Amanda. Esa es Rose.

Considero que es parte de su formación conocer a esas mujeres.

Manzana abajo, en el cruce de Kensington con Cambria, veo a Paula Mulrone. Hoy va con muletas, se aguanta lamentablemente sobre una sola pierna y se está mojando porque no puede aguantar también el paraguas. Se le ha puesto la chaqueta de tela vaquera de un azul tristemente oscuro. Me gustaría que se pusiera a cubierto.

Echo un vistazo rápido en busca de Kacey. Esta es la esquina en la que normalmente se las puede encontrar a Paula y a ella. De vez en cuando se meten en una trifulca, o se pelean

entre ellas y una de las dos se muda unos días a otra parte, pero al cabo de una semana ya las vuelvo a ver juntas allí, la una pasándole jovialmente el brazo por los hombros a la otra. Kacey, con un cigarrillo colgando de la boca; Paula, con un agua o un zumo o una cerveza en una bolsa de papel.

Hoy no veo a Kacey por ninguna parte. Se me ocurre, de hecho, que hace tiempo que no la veo.

Paula ve nuestro coche mientras nos acercamos a ella y entrecierra los ojos en nuestra dirección para ver quién va dentro. Levanto dos dedos del volante a modo de saludo. Paula me mira a mí y luego a Lafferty y gira la cara un poco hacia arriba, en dirección al cielo.

—Esa es Paula —le aclaro a Lafferty.

Se me ocurre añadir algo. «Fui a la escuela con ella —le podría decir—. Es una amiga de la familia. Es la amiga de mi hermana».

Pero Lafferty ya ha cambiado de tema: ahora está hablando de la acidez de estómago que lleva casi un año atormentándolo.

No se me ocurre qué contestar.

—¿Siempre eres igual de callada? —me dice de pronto. Es la primera pregunta que me hace desde que averiguó mis preferencias en materia de helados.

—Solo estoy cansada.

—¿Has tenido muchos compañeros antes de mí? —pregunta, y se ríe, como si hubiera hecho un chiste—. Ha sonado fatal. Lo siento.

Me quedo callada un momento lo bastante largo.

Luego, le digo:

—Solo uno.

—¿Y cuánto tiempo trabajasteis juntos?

—Diez años.

—¿Y qué le pasó?

—Se hizo daño en la rodilla la primavera pasada. Está de baja médica una temporada.

—¿Cómo se hizo daño?

No sé si es asunto suyo, pero se lo digo de todos modos:

—Trabajando.

Si Truman quiere que la gente se entere de todo lo que pasó, que lo cuente él.

—¿Tienes hijos? ¿Tienes marido? —Lafferty continúa con su interrogatorio.

Preferiría que volviera a hablar de sí mismo.

—Un hijo —le contesto—. Marido no.

—Ah, ¿sí? ¿De cuántos años?

—De cuatro años. Casi cinco.

—Buena edad —asiente Lafferty—. Echo de menos la época en que los míos tenían esa edad.

Cuando paro el coche en la entrada de las vías que nos ha indicado Centralita —un agujero en una verja que alguien abrió a patadas hace años y que nunca se ha reparado—, veo que hemos llegado a la escena antes que la unidad médica.

Miro a Lafferty, evaluándolo. Siento una punzada inesperada de compasión por él, por lo que estamos a punto de ver. Hizo el programa de formación en el distrito 23, que está al lado del nuestro pero tiene mucho menos crimen. Además, seguramente habrá estado haciendo patrullas a pie, control de multitudes, esas cosas. No estoy segura de que haya respondido nunca a esta clase de llamada. No hay muchas maneras de preguntarle a alguien a cuántos muertos ha visto en su vida, así que, finalmente, decido dejarlo en el aire.

—¿Has hecho esto alguna vez? —le pregunto.

Él niega con la cabeza.

—Pues no —dice.

—Bueno, pues allá vamos —lo animo.

No sé qué otra cosa decir. Es imposible preparar lo bastante a alguien para esto.